

ARGENTINA A 20 AÑOS DEL 2001: TODO IGUAL, TODO DISTINTO

Pablo Stefanoni*

14 de diciembre de 2021

Resumen

Los 20 años de la crisis múltiple que el país vivió en 2001 se recordarán en medio de otra crisis, con altísima inflación, aumento de la pobreza y un tipo de cambio siempre amenazante, además de los efectos propios de la pandemia de COVID-19. Las protestas de hace dos décadas reconfiguraron parcialmente el campo político argentino al tiempo que pluralizaron el espectro ideológico que en los años siguientes se expresaría mediante la ocupación de las calles. ¿Cómo fue la batalla por la “normalidad” tras el estallido de 2001?, ¿cómo se transformaron las identidades políticas?, ¿qué pasó en el mundo de las organizaciones sociales? “Peinar la historia del 2001 a contrapelo” nos permite encontrar algunas conexiones entre el presente y aquellas jornadas en las que una alianza de clases entre capas medias, trabajadores y desocupados gritaba “Que se vayan todos”, y votaría luego por diversas ofertas políticas que confluyeron en dos bloques ideológicos enfrentados.

Introducción

Hace dos décadas, Argentina estallaba por los aires. En sentido estricto, las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001 acabaron con el gobierno de la Alianza, un frente entre la centenaria Unión Cívica Radical (UCR) y el Frente País Solidario (FrepaSO), la fuerza progresista que en los años noventa encarnó el discurso contra la corrupción y la frivolidad “berlusconiana” de la década menemista (1989-1999). El presidente Fernando De la Rúa debió renunciar y huir en helicóptero desde los techos de la Casa Rosada. La imagen del despegue quedó congelada como símbolo de la época y amenaza para sus sucesores.

No menos importante, el “estallido” interclasista, que incluyó una ola de saqueos de supermercados, se solapó con el estallido del modelo de la convertibilidad entre el peso argentino y el dólar, que garantizó una inédita estabilidad de precios durante 10 años al tiempo que incubaba una serie de desequilibrios económicos y sociales que estaban condenados a estallar; estos derivaron en el famoso “corralito” bancario y en una serie de cuasimonedas provinciales. No obstante, en un sentido más amplio, *el 2001* constituyó un verdadero *acontecimiento*, con su singularidad, su carácter contingente e irreplicable, y sus efectos en términos de experiencias y subjetividades. Un “eclipse en el que el sol de la Sociedad tapó al Estado” por un rato, como lo resumió el periodista y escritor Martín Rodríguez. La ciudad de Buenos Aires se poblaba de asambleas ciudadanas y los *piqueteros*,

* Doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Es jefe de Redacción de la revista *Nueva Sociedad* e investigador asociado de la Fundación Carolina.



que años antes habían convertido los cortes de rutas en espacios densos de resistencia y sociabilidad, confluían fugazmente con las capas medias de la capital argentina.

A 20 años de ese 2001, es sorprendente el aire de familia del malestar actual con el de aquellos días, pero también la sensación de que si se volviera a producir un improbable “reventón” de ese tipo, utilizando un término chileno, su signo ideológico, o al menos sus efectos, serían opuestos a los de hace dos décadas. Si a fines de los años noventa, la izquierda cantaba “se viene el estallido”, hoy, curiosamente, la misma canción de la banda Bersuit Vergarabat que reza “*se viene el estallido. De mi guitarra. De tu gobierno*”, la cantan los libertarios de derecha que siguen a Javier Milei y proponen “dinamitar el Banco Central” (suponemos que no de manera literal).

En las últimas elecciones parlamentarias de mitad de término, en noviembre pasado, no hubo una avalancha de votos nulos como en 2001, con leyendas contra los políticos salidas de la cantera casi ilimitada de la creatividad popular, pero sí asistimos a una marea de votos para una oposición de centroderecha que hace solo dos años había sido derrotada en las urnas sin atenuantes. El gobierno de Alberto Fernández terminó celebrando porque, finalmente, la distancia entre el peronismo y Juntos por el Cambio se achicó entre las primarias del 12 de septiembre y las generales del 14 de noviembre, pero aún así el revés hizo crujir a la “coalición” panperonista entre Alberto Fernández y la vicepresidenta Cristina Fernández de Kirchner. El peronismo obtuvo uno de sus peo-

res resultados desde el regreso de la democracia y la oposición de centroderecha quedó, así, en mejores condiciones para disputar las presidenciales de 2023. Más rápido de lo esperado.

Sin duda, el campo político actual fue modelado en gran medida por el 2001 y, al mismo tiempo, en estas dos décadas casi todos los sectores políticos y sociales utilizaron la protesta callejera para manifestarse y luchar por sus objetivos: el “campo”, los piqueteros, los sindicatos, el peronismo, el antiperonismo. Pero a su vez, varias de las imágenes que por estos días aparecen en los medios para recordar aquella escena se presentan como demasiado familiares, en una suerte de conexión emocional con esa repetida sensación argentina de que “fracasamos como país”.

Peinar el 2001 a contrapelo

El 2001 fue uno de esos momentos en los que quienes salen a las calles se sorprenden de que otros lo hagan también. Un poco como el 15M español o las protestas chilenas; momentos vividos como puntos de inflexión mientras transcurren, por su dimensión y transversalidad social. Los discursos sobre el “fin de la utopía” poscaída del Muro de Berlín, sobre el “fin de la historia” (producto de un libro tan citado como poco leído) y sobre el “presente continuo” encarnado por el neoliberalismo (en el caso argentino, implementado por el peronismo aliado a los liberal-conservadores de la Unión del Centro Democrático, UCeDé) habían calado hondo en el progresismo vernáculo. El 2001 operó entonces como un momento de catarsis generalizada —un gran porcentaje de los discursos en las asambleas



barriales eran una suerte de liberación personal— con un tejido intergeneracional: la generación de los setenta sintió que finalmente había llegado el momento de revertir la derrota que la dictadura militar había provocado sobre su “generación diezmada”, la de los noventa pudo experimentar que el neoliberalismo era “derrotable” y la aún más joven pudo hacer su entrada en la política en una coyuntura cargada de épica.

Como en otros momentos densos de este tipo, muchos se conocerían con vecinos de edificio o de barrio con quienes nunca se habían cruzado e incluso se podía proyectar una alianza entre “piquetes y cacerolas”, en referencia a la unidad entre los manifestantes de las clases medias de la Ciudad de Buenos Aires (muchos de ellos, ahorristas afectados por el “corralito” bancario) y los desposeídos del Conurbano bonaerense.

En los años noventa se había dado forma a una nueva identidad posindustrial —los *piqueteros*—, un nuevo formato de protesta —el *corte de ruta*—, una nueva modalidad organizativa —la *asamblea*— y un tipo específico de demanda —*trabajo*—. “La consolidación de un nuevo repertorio —escribieron entonces Maristella Svampa y Sebastián Pereyra— tiene menos la forma de un reemplazo que de una nueva alianza y articulación entre sindicatos disidentes, partidos —de izquierda— y desocupados, poco a poco reunidos bajo la simbología piquetera” (Svampa y Pereyra, 2003). La política de las necesidades vitales articulaba varios reclamos: alimentos, tarifas más accesibles de los servicios públicos (privatizados) y subsidios de desempleo, en el mar-

co de una fuerte territorialización de la política popular: de la fábrica al barrio. El mundo de los piquetes era un punto de encuentro y competencia de diferentes tradiciones de izquierda (maoístas, trotskistas, grupos herederos de la lucha armada de los años setenta, populistas de izquierda, etc.) y pusieron en juego diversas formas de pensar los vínculos con el Estado, lo local y lo nacional. Se asistía entonces a una cierta incapacidad del peronismo para seguir expresando a los movimientos populares, ya que se lo asociaba a las reformas neoliberales e incluso a las represiones que sufrían a menudo quienes cortaban las rutas durante la década de 1990.

En el plano ideológico imperó una suerte de “momentum *Le Monde Diplomatique*”. La difusa pero eficaz apelación al “posneoliberalismo” aparecía como un paraguas de múltiples sensibilidades y movimientos que emergían como hongos. Pero también fue un momento autonomista. En una coyuntura de fuerte movilización pero sin el horizonte de llegar a ocupar el Estado (pocos creían entonces en esa posibilidad), la insurrección zapatista en México ofrecía una “salida”: “cambiar el mundo sin tomar el poder”, como propone el libro del irlandés-mexicano John Holloway, quien en los días posdiciembre de 2001 convocaba multitudes en Argentina, como cuando llenó el Aula Magna de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. Al punto que el diario *Clarín*, el de mayor circulación en el país, podía titular con ironía una de sus crónicas: “La izquierda ahora debate por qué no hay que tomar el poder”. La idea de una política que “prefigurara” la nueva sociedad desde los márgenes

nes y no desde las instituciones estatales capturaba entonces una gran parte de los imaginarios de cambio y de las energías militantes.

Ya antes, en 1999, un grupo de estudiantes había promovido el “Movimiento 501” para no votar en las elecciones presidenciales de ese año (en Argentina el voto es obligatorio, pero se puede justificar la no concurrencia a las urnas si se está a más de 500 kilómetros del domicilio del padrón electoral): entre los principales organizadores de esa pequeña gesta estaba el joven economista Axel Kicillof, más tarde ministro de Economía de Cristina Kirchner y actualmente gobernador de la provincia de Buenos Aires, la más poblada del país (Badia, 1999). Dos años más tarde, en las elecciones legislativas de 2001, la estrella fue el denominado “voto bronca” (blanco y nulo) que superó el 20%, con 30% en la Ciudad de Buenos Aires y 40% en la provincia de Santa Fe. Si hay un libro que refleja, desde su título, el clima de esos años es *La política está en otra parte* (López Echagüe, 2002). En efecto, destacamentos de sociólogos se dedicaron entonces a ir a esa “otra parte” y estudiar *in situ* movimientos piqueteros de las zonas profundas del Gran Buenos Aires pero también de las provincias petroleras del norte y del sur, campesinos, “fábricas recuperadas” autogestionadas por sus trabajadores, etc. Pero también había otro libro, del escritor Dalmiro Sáenz, titulado *Yo te odio, político. El libro para todos los ciudadanos que no viven de la política* (Sáenz, 2001), que estaba en línea con un mundo mediático y cultural que expresaba el inconformismo dominante e incluso lucraba con la indus-

tria del pesimismo político (Minutella, 2021).

Mientras tanto, la “casta” política no podía salir a la calle sin el riesgo de ser agredida, los diputados abandonaban casi clandestinamente el Congreso tras las sesiones y los cuestionados jueces de la Corte Suprema nombrados por Menem verían desde sus ventanas los masivos *escraches* frente a sus domicilios en los momentos álgidos de las protestas. Aunque los sindicatos convocaron huelgas y planes de lucha en los días previos al 19 y 20 de diciembre, las movilizaciones ocurrieron en gran medida al margen de las grandes entidades sindicales. De hecho, muchas de las marchas se realizaban en la tarde/noche, después del horario laboral, aprovechando las temperaturas estivales de esta época del año en el hemisferio sur.

No obstante, con Walter Benjamin como un pensador de moda en estos días, es posible también tratar de “peinar la historia (del 2001) a contrapelo”. La crisis favoreció una particular convergencia en las calles de quienes detestaban el capitalismo con quienes habían confiado (una vez más) en él (Rodríguez, 2021), poniendo sus dineros en los bancos después de “olvidar” la crisis hiperinflacionaria de 1989, solo una década antes¹. Si hay que elegir una imagen del 2001, quizás podríamos optar por la de una señora proveniente de un barrio acomodado que, delante de las cámaras de televisión, sacó un martillo de su cartera y comenzó a golpear las chapas metálicas que los bancos habían colocado sobre puertas y ventanas

¹ Los años de la convertibilidad generaron la sensación de un antes y un después; de un punto de inflexión en la economía argentina.

para protegerse de la furia de los ahorristas (de sus propios clientes). Es decir, en 2001 confluyeron quienes nunca habían confiado en el neoliberalismo con quienes lo habían celebrado y su impotencia nacía precisamente del hecho de sentirse traicionados (una vez más); los *cacerolazos* y el que “Que se vayan todos”, contra una “casta” que entonces no era denominada así, unió entonces a unos y otros en un movimiento aluvional y único. Con una potencia también excepcional.

Por eso, no es sorprendente que en las elecciones de 2003, dos candidatos que proponían una profundización del “modelo”, el expresidente Carlos Menem (que promovía la dolarización de la economía) y el fugaz ministro de Economía, Ricardo López Murphy, promotor del “déficit cero”, superaran sumados el 40% de los votos. Solo el fortísimo rechazo que conataba la figura de Menem, que obtuvo 24,4%, logró que un poco conocido Néstor Kirchner, con solo 22% de los sufragios, llegara a la presidencia de la Nación desde Santa Cruz, la provincia del extremo sur argentino que gobernaba con un estilo peronista bastante convencional. Menem se bajó del balotaje para evitar la humillación y Kirchner no pudo “reventar las urnas” con votos contra el expresidente, como anticipaban las encuestas. Y se quedó con su exiguo 22%.

De esta forma, de la vertiente impugnadora del neoliberalismo emergería el kirchnerismo, una variante del peronismo que constituyó una verdadera facción capaz de modificar el “*ethos*” del movimiento fundado por Juan Perón en los años cuarenta con un proyecto de centroizquierda. De la otra vertiente saldría algo más tarde

una fuerza de centroderecha: la liderada por el expresidente del club Boca Juniors y empresario Mauricio Macri, que puso en pie el primer partido exitoso frente al bipartidismo histórico. Modelado por el gurú ecuatoriano Jaime Durán Barba bajo la premisa de que a la mayoría de la gente no le interesa la política, Propuesta Republicana (Pro) asumiría una fuerte carga posideológica. Pero al mismo tiempo, y a la luz del contexto no debería sorprender, kirchneristas y macristas prometieron al electorado la conquista de un “país normal”.

En el caso de Néstor Kirchner, como escribió Gabriel Vommaro, “eso suponía reconstruir la autoridad del Estado, la confianza en las instituciones y una cohesión social maltrecha”. “Esta reconstrucción se cimentaría en una reindustrialización del país y en la ampliación de los márgenes de maniobra del Estado frente a los poderes fácticos nacionales e internacionales” y también “en una especie de transversalidad política que iría a redefinir las tradiciones políticas en virtud del nuevo tiempo histórico”. En el macrismo, la normalidad pasaría, por el contrario, por un programa pos o antipopulista de tipo republicano, modernizador y de “vuelta al mundo” capaz de capturar el “*ethos* del voluntariado y el emprendedurismo anclado en el mundo de los negocios y de las ONG” para “llevar al Estado la eficiencia y la transparencia que, en una visión encantada, impera en esos mundos” (Vommaro, 2016).

País normal 1: “Orden y progresismo”

Martín Rodríguez capturó en dos palabras, en uno de sus libros, el significado del proyecto liderado por Kirchner: orden

y progresismo, jugando con las palabras “orden y progreso”, la consigna de las elites positivistas latinoamericanas del siglo XIX (Rodríguez, 2014). A diferencia de la izquierda, que vio en el *Argentinazo* de 2001 lo más parecido a una revolución —y rescató su potencia productiva— el kirchnerismo siempre leyó el estallido en términos de pura *crisis*. Su respuesta fue entonces construir un nuevo orden, anudado con un discurso progresista pero alejado de la épica de tipo bolivariana o “anticapitalista”. Se dice que Kirchner definió alguna vez la política como “cash más expectativas” (Curia, 2012) y si no lo hizo actuó siempre como si lo hubiera hecho. Para seguir con títulos de libros que sintetizan épocas, podemos apelar al de la ensayista Beatriz Sarlo, que definió a Kirchner como una mezcla de *audacia* y *cálculo* (Sarlo, 2011). Por ejemplo, audacia para encarnar la “agenda de 2001” y cálculo para moverse en el interior del peronismo sin hacer asco a las viejas prácticas políticas. Para construir ese “orden y progresismo”, Néstor Kirchner contaría con el terreno allanado por el gobierno de transición de Eduardo Duhalde, quien después de varios presidentes fallidos y fugaces, hizo el “trabajo sucio” de devaluar el peso, con su efecto sobre los salarios reales, e imponer el orden, lo que incluyó hechos de represión ampliamente repudiados como los asesinatos de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán en junio de 2002, que marcarían negativamente su presidencia.

Como gobernador, Kirchner fue extremadamente pragmático y apoyó incluso la privatización petrolera de los años noventa que aumentó las regalías de su provincia (antes, durante la dictadura militar, se

había dedicado a ejercer como abogado en el ámbito privado, logrando un significativo aumento patrimonial). Ambas cosas remiten al *cash* necesario para hacer política. Pero al momento de asumir la presidencia convocó a “no dejar afuera los sueños” y tuvo plena conciencia del lugar que debía ocupar para expresar las demandas sociales, que combinaban republicanismismo y mayor integración social.

Kirchner fue sin duda un “presidente inesperado” que, como ya señalamos, ganó con muy pocos votos y por eso mismo debió construir su legitimidad desde el poder. Y lo hizo reflejando la identidad de un peronismo de izquierda que siempre fue minoritario en el movimiento y que históricamente concitó el rechazo del peronismo ortodoxo, sobre todo de la rama sindical hegemonzada por una dirigencia con visiones corporativistas y anticomunistas. El nuevo mandatario desempolvó un discurso revisionista sobre la violencia política en la década de 1970, reactivó los procesos a los militares acusados de violaciones a los derechos humanos durante la dictadura militar (1976-1983), nombró jueces prestigiosos en la Corte Suprema y reivindicó a la “juventud maravillosa” que formó parte del peronismo revolucionario de los años sesenta y setenta, donde él mismo había militado de joven. En palabras de Sarlo, para la mayoría de los argentinos Kirchner era una hoja en blanco. Pero, lejos de ser una debilidad, esa fue su mejor cualidad; la que le permitió reinventarse a sí mismo.

De este modo, Kirchner se autoconstruyó como un presidente progresista y colocó al peronismo en esa estela. Fue un presi-



dente fuerte porque comenzó entendiendo que era débil y que necesitaba legitimarse a través de la gestión, pero también mediante la puesta en circulación de símbolos poderosos. Desde su asunción, buscó marcar la diferencia. El día en que tomó el mando, el 25 de mayo de 2003, se zambulló literalmente en la multitud, rompiendo los protocolos de seguridad. En esa multitud estaban “los restos dispersos de una subjetividad de izquierda que no había encontrado donde sostenerse” (Sarlo, 2011). En esos restos dispersos había peronistas de izquierda que cargaban con el duelo infinito de la derrota de los años setenta y exmilitantes comunistas que vieron desmoronarse a la Unión Soviética, que se mezclaban con jóvenes sin experiencia militante previa que creían ver en el nuevo gobierno “la vuelta de la historia”.

El propio Kirchner dijo en su discurso que formaba parte de “una generación diezmada, castigada con dolorosas ausencias”. Pero, a decir verdad, el nuevo presidente comenzó su gobierno de manera más bien exploratoria y moderada, apelando en un principio a tocar una sensibilidad republicana extendida en los sectores medios (reforma de la Corte Suprema de Justicia, política de derechos humanos); el kirchnerismo tal como lo conocemos se iría construyendo con el tiempo. Y en esa construcción, el “setentismo”, como revancha generacional, será una clave de lectura que no puede soslayarse. No faltaron, entonces, los símbolos que escenificaron el “cambio de época”: el lugar de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo en todos los actos; la orden al jefe del Ejército para que retirara en vivo y en directo el retrato del dictador Jorge Rafael

Videla de la galería del Colegio Militar, con Kirchner allí presente; el pago de la deuda con el Fondo Monetario Internacional (FMI) para “independizar” el país; el alineamiento con los gobiernos de la “marea rosa” latinoamericana (aunque sin incorporar el discurso del socialismo del siglo XXI), etc. Luego Cristina Fernández continuaría el trabajo de kirchnerizar el peronismo.

Hay varios momentos que jalonaron la construcción kirchnerista. Uno es el enfrentamiento con los sectores rurales en 2008, una derrota para el gobierno ya presidido por Cristina Fernández que sin embargo terminó siendo una victoria: tras el fracaso legislativo de la modificación de los impuestos a las exportaciones de soja, el gobierno inició una batalla cultural en la que reemergió en el discurso público el viejo clivaje populista pueblo vs. oligarquía. De esta batalla cultural participaron sectores del mundo artístico —y de la cultura en general— que contribuyeron a darle al kirchnerismo una imagen de “populismo de clases medias”. En este marco, un grupo de intelectuales ligados al entonces director de la Biblioteca Nacional y conocido ensayista Horacio González fundó el colectivo Carta Abierta, mientras que desde la televisión estatal el programa 6-7-8, bajo una dinámica de “periodismo militante” buscó dar respuesta al discurso mediático opositor articulado en torno del Grupo Clarín, embarcado en un “periodismo de guerra” contra el gobierno, como lo definiría uno de sus directivos.

Otro escalón en la constitución del kirchnerismo como identidad política sería la conmemoración del Bicentenario en

2010. Se trató de un espectáculo masivo, pop y vanguardista, marcado por la imponente estética del grupo teatral Fuerza Bruta. Aunque hay una visión revisionista de la historia nacional desde sus inicios, incluida la reivindicación de los pueblos indígenas en la historia nacional, lo más importante es cómo se lee la historia del último medio siglo. Las Madres de Plaza de Mayo ocuparían, así, un lugar central. “La versión es redencionista: las Madres cierran la violencia del siglo XX y preparan la reparación de los primeros años del siglo XXI”, apunta Sarlo (2011). Desde el oficialismo se leerá el festejo con el prisma de las visiones peronistas sobre el 17 de octubre de 1945, como la rebelión del subsuelo de la patria (como alguien definió al movimiento), la emergencia plebeya... “La multitud invisible se transformó en el pueblo del Bicentenario —escribió el intelectual kirchnerista Ricardo Forster—, la multitud, los negros de la historia, los incontables, los que puján desde el fondo de los tiempos por el reconocimiento y la igualdad hicieron acto de presencia y lo hicieron transformando durante cuatro días a Buenos Aires en una magnífica alquimia de ágora y carnaval, de imágenes monumentales desplegadas sin medir riesgos estéticos por la fuerza bruta de la invención artística y la inquieta interrogación por aquello del pasado que sigue insistiendo en el presente” (Forster, 2010).

Pero en realidad, la estética estuvo más bien dirigida hacia las capas medias y los jóvenes. La Cámpora, agrupación fundada por Máximo Kirchner —hijo de Néstor y Cristina— atrajo a nuevas camadas de

jóvenes². No obstante, a diferencia de otras organizaciones del pasado, el crecimiento de La Cámpora estuvo ligado a su acceso al Estado y sus recursos. Svampa identifica un cambio respecto al “ethos militante” que predominó en 2001. “La militancia kirchnerista apunta a la revalorización del rol del Estado y combina una buena dosis de pragmatismo político con las clásicas apelaciones a lo nacional-popular (en las que se incluye la defensa del líder como expresión y condensación del proyecto político)”; de allí las formas verticales e incluso autoritarias de liderazgo interno (Svampa, 2011). Demonizada por la oposición, La Cámpora será también resistida en el interior del campo peronista, donde sus dirigentes más tradicionales la perciben como un conjunto de jóvenes arribistas a la caza de espacios de poder, sobre todo en las listas de legisladores del peronismo y en instituciones con grandes presupuestos del Estado. Los camporistas se presentan como “soldados” de Cristina y a la vez como “cuadros técnicos”, asumiendo como función custodiar y asegurar la continuidad, e incluso la radicalización, del proyecto, además de garantizar el “transvase generacional”.

Un tercer momento clave es la repentina muerte de Néstor Kirchner, el 27 de octubre de 2010 y su mitificación como el hombre capaz de dar un sentido a los sacrificios y derrotas del pasado y de habilitar un nuevo presente para el país. Fue en ese clima político que Cristina Kirchner ganó las presidenciales de 2011 con un contundente 54% de los votos. Pero, a diferencia del momentum del Bicentenario, la eco-

² El nombre refiere a Héctor J. Cámpora, fugaz presidente en 1973 con el apoyo del peronismo de izquierda.

nomía comenzaría a desacelerarse y las nuevas medidas, como las restricciones a la compra de dólares (además de la manipulación de las estadísticas públicas que había comenzado varios años antes), provocarían un alejamiento de sectores medios y un crecimiento de la centroderecha.

Más allá del balance de sus políticas y de la opacidad en su forma de manejar los recursos públicos (y personales), no cabe duda que durante sus tres gobiernos (2003-2015) el kirchnerismo actualizó la tradición nacional popular en el país. Fue producto de, y al mismo tiempo cerró, el proceso abierto en 2001. Ideológicamente, como siempre ocurre con el peronismo, captó el nuevo clima de la época: el antineoliberalismo; políticamente repuso la autoridad del Estado y la legitimidad de la figura presidencial. Una suerte de progresismo desde arriba que, por un lado, sellaba la vuelta a la normalidad y, por el otro, prometía restaurar el Estado de bienestar perdido.

Hasta 2008, predominó el discurso del “país normal”; después lo haría el de la lucha de la patria contra la antipatria, en una clave que entroncó más con el discurso bolivariano, aunque la Argentina kirchnerista siempre mantuvo un mejor funcionamiento de las instituciones de la “democracia liberal” y más en general del pluralismo político. Al mismo tiempo, como escribió Matías Kulfas, actual ministro de Desarrollo Productivo, en el plano económico hubo “tres kirchnerismos”: el del mandato de Néstor Kirchner, el primero de Cristina con Kirchner vivo (lo que algunos llamaron “doble comando”) y, tras la muerte de este, el de Cristina en soledad. Las visiones de la econo-

mía cambiaron junto a los contextos. Entre 2003 y 2013 el país creció en promedio un 6,7% anual, lo que llevó a que Cristina Kirchner hablara de la “década ganada”. 2003-2008 fue, en efecto, un periodo de expansión de la industria manufacturera, mejora del salario real y superávit fiscal y comercial (Kulfas, 2019). Para la oposición, no obstante, fue una “década desperdiciada”, producto de un “viento de cola” (altos precios internacionales de los *commodities*) que no se aprovechó lo suficiente para salir de visiones cortoplacistas. Ya en 2011, la situación comenzó a empeorar y sobrevino la desaceleración y el estancamiento, y más tarde el control de cambios: el llamado “cepo” al dólar.

En el plano político, sobre todo en la era cristinista, el kirchnerismo se presentó como la izquierda realmente existente. Incluso la propia Cristina Fernández dijo en 2014: “A mi izquierda está la pared”. Y, sin duda, el peronismo volvía a ser un problema (o una solución) para las izquierdas, que debieron posicionarse frente a un peronismo reinventado: a diferencia de otros populismos de la región, y apoyándose en una sensibilidad progresista, el kirchnerismo levantó la bandera de los derechos civiles (matrimonio igualitario, ley de identidad de género) y, al mismo tiempo, cambió el alineamiento internacional del país en una clave moderadamente antiimperialista. En este nuevo contexto, el mapa de la izquierda se transformó. Y cada tradición política buscó posicionarse en una gama que fue desde la exterioridad hasta la incorporación en el bloque peronista ampliado.

Pero como lo señaló Pablo Touzón, el kirchnerismo introdujo otro cambio relevante en el interior del peronismo. Hasta entonces, los líderes que terminaban su mandato o eran derrotados salían del centro de la escena —así pasó con Menem o Duhalde—. Pero el kirchnerismo construyó una facción estable en el movimiento. Y a la larga una suerte minoría intensa en la sociedad: con el kirchnerismo no alcanza, sin el kirchnerismo no se puede... Allí yacen muchos de los problemas del peronismo contemporáneo. Como señala Touzón, el peronismo asumió siempre un cierto “bilaridismo” político —metáfora futbolística que remite a un pragmatismo a prueba de balas y una orientación nítida a priorizar el triunfo por sobre el *jogo bonito*— (Touzón, 2021). De hecho, alguna vez Carlos Corach, el hombre fuerte de Menem, definió al peronismo por su capacidad para adaptarse a los climas ideológicos de cada época. Pero el kirchnerismo estabilizó la ideología en una suerte de centroizquierda criolla o nacional-progresismo mientras que limitaba el espacio de decisión a un pequeño círculo casi familiar liderado por la expresidenta. Con Cristina no alcanza, sin Cristina no se puede, podría reescribirse la frase anterior.

País normal 2: República vs. populismo

“Veo al país como un gran equipo”, dijo Mauricio Macri en su discurso de asunción a fines de 2015. Y no fue casual: el expresidente de Boca Juniors buscaba proyectarse como un *team leader* cuya meta era la modernización del país. En palabras de Vommaro, “*Managers* y voluntarios son portadores [para el macrismo] de las virtudes con las que transformar el mundo público” (Vommaro,

2016). Una lógica coherente con la de un *think tank* transformado en partido —Propuesta Republicana— que primero gobernó la Ciudad de Buenos Aires y luego, aliado a la UCR, venció por escaso margen al peronista moderado Daniel Scioli. La apuesta del macrismo fue que si el país superaba la anomalía populista todo se encaminaría. Por eso, Macri aseguró en la campaña que bajar la inflación sería sumamente fácil. Y lo mismo ocurriría con la falta de inversiones. Pero si bien fue el primer presidente de una fuerza ideológicamente promercado, la discursividad de Pro fue bastante “posideológica”, y en gran medida alejada de la defensa militante del achicamiento del Estado que en los años noventa encarnaba el ministro Domingo Cavallo. Al mismo tiempo, desplegó un discurso minimalista y a tono con las nuevas sensibilidades sociales en la era de la autoayuda y el “*mindfulness*”.

Ya fuera por la persistencia de la memoria (negativa) del periodo neoliberal, ya fuera por un tejido de organizaciones sociales y sindicales fortalecido durante los tres gobiernos kirchneristas, el macrismo evaluó que la correlación de fuerzas no permitía demasiada radicalidad. Al final, si bien el gobierno de Cristina Fernández no exhibía buenos resultados en materia macroeconómica, tampoco había acabado en una crisis terminal que generara la disponibilidad social para programas de ajuste como ocurriera tras la hiperinflación de 1989 y también, por otras vías, en 2002. Por eso, Macri optó inicialmente por un programa “gradualista” y por mantener las políticas sociales del kirchnerismo, como la Asignación Universal por Hijo (AUH), sumado a las es-

trechas relaciones que el Ministerio de Desarrollo Social, a la cabeza de Carolina Stanley, mantuvo con las organizaciones de desocupados.

Entre las primeras medidas “estrella” de Macri estuvo la salida del “cepo” cambiario (control de cambios) así como políticas de normalización del frente financiero (pago de deuda a los fondos buitres, etc.). “El gradualismo fue posible gracias a la herencia económica del kirchnerismo —escribió José Natanson—. Aunque el segundo gobierno de Cristina Fernández estuvo marcado por el deterioro económico, hubo, en un contexto de caída de prácticamente todos los indicadores, dos que se mantuvieron en niveles razonables: empleo y deuda”. Los resultados de esta apuesta gradualista no fueron los esperados: la inversión extranjera directa se mantuvo en los mismos niveles que en los últimos años del kirchnerismo, las exportaciones no despegaron y la fuga de divisas continuó. Pero pese a todo, con algunas mini medidas heterodoxas el macrismo logró ganar las elecciones legislativas de 2017 (Natanson, 2018). Y muchos anticiparon una reelección segura de Macri en 2019.

Cada vez más, la política argentina fue leída como una puja entre el Partido del Conurbano bonaerense (peronismo) versus el Partido de la Pampa Húmeda (Cambiamos, luego Juntos por el Cambio); entre quienes viven de la política social o del clientelismo estatal (provincias pobres del norte y algunas menos pobres del sur) y quienes pertenecen a la Argentina productiva (provincias agroindustriales del centro) (Rodríguez, 2021). De esta manera, el sistema político volvió

a una forma de bipartidismo —ahora bi-coalicional, gustan decir algunos politólogos— que replica parcialmente la vieja geografía electoral entre peronismo y antiperonismo.

En ese contexto, “el campo” ocupó desde 2008 un destacado lugar político/simbólico, actualizando viejas imágenes nacionales, tanto la que remite al país próspero basado en la innovación y el trabajo duro como la opuesta: la de una oligarquía terrateniente que busca frenar la industrialización argentina. Sustentada en la economía de la soja, la llamada “zona núcleo” constituye “un entramado extenso que incluye desde los puertos de las multinacionales sobre el río Paraná y las grandes propiedades tradicionales hasta los nuevos *pools* de siembra y las empresas prestadoras de servicios agropecuarios. Lejos de la imagen tradicional de terratenientes y peones, el campo argentino es hoy tierra de ingenieros agrónomos, veterinarios, mecánicos de maquinaria agrícola, pilotos de aviones fumigadores”. Más importante aún, “esta nueva clase media semirural fue construyendo, en particular en su confrontación con el kirchnerismo, un relato de sí misma como el actor más dinámico de la economía argentina, competitivo, hipertecnologizado e integrado a la globalización, y desprovisto además de reclamos de subsidios” (Natanson, 2018). Por eso, otra de las grandes medidas del macrismo, fue reducir o eliminar las “retenciones” a la exportación de productos agrícolas. No hay que olvidar que, como mencionamos, la batalla de los sojeros, con cortes de rutas en diferentes puntos del país, fue la más importante del espacio opositor durante los 12 años de hegemonía kirch-



nerista y activó una fuerte solidaridad urbana de sectores medios, que salieron masivamente a las calles en favor de los “productores”, símbolo de la Argentina “que trabaja” y es “esquilhada” por el Estado.

Pero el gobierno de Macri terminó con picos de inflación y pobreza, y un escenario muy diferente al que el entonces presidente había imaginado cuando asumió y prometió “pobreza cero”. La paradoja fue, en todo caso, que el fracaso macrista no fue causado por la movilización popular sino por el dictamen negativo de los “mercados”. Como mostraron Nicolás Comini y José Antonio Sanahuja en un artículo de 2018, centroderechas como las de Macri apostaban por una “apertura al mundo”, pero el mundo estaba cambiando. “La paradoja de que Estados Unidos cuestione el orden liberal y que países emergentes y en desarrollo estén entre sus principales defensores es particularmente visible en América Latina: el giro a la derecha que han dado algunos países de la región responde, entre otras razones, a la voluntad de ‘abrirse al mundo’ y aprovechar las oportunidades de la globalización mediante políticas exteriores basadas en el liberalismo económico, más abiertas y pragmáticas” (Comini y Sanahuja, 2018). Por ello, América Latina no encontró las respuestas favorables que las centroderechas esperaban de su “giro globalista”. No casualmente, Mauricio Macri había apoyado a Hillary Clinton contra Donald Trump en 2016, indicando que él creía “en las relaciones, en las redes, no en levantar muros” y que esperaba tener en la Casa Blanca “una contraparte que crea en lo mismo” (*LaPoliticaOnline*, 2016). De hecho, el macrismo había hecho suya

parte de la estética obamista. El politólogo argentino Andrés Malamud expresó la encerrona con la síntesis que exige Twitter: “cuando volvimos al mundo, el mundo se había ido”.

Uno de los momentos en el que el macrismo pensó que podía revertir estas tendencias adversas fue durante la firma del postergado acuerdo de asociación estratégica entre la Unión Europea y el Mercado Común del Sur (Mercosur), en coincidencia con la Cumbre del G-20 de Osaka. El canciller Jorge Faurie le comunicó la noticia al presidente desde Bruselas, con la voz quebrada, en un audio de WhatsApp difundido por el propio Macri desde sus redes sociales: “Presidente, lo felicito. En su presidencia se logró [tras] 20 años de negociación; tenemos acuerdo Unión Europea-Mercosur”.

Pero luego, estos avances volverían a trabarse por diferentes razones: comerciales (compras públicas, subsidios agrícolas), victoria de Bolsonaro en Brasil, etc. y la reaparición de pulsiones proteccionistas en la UE (Sanahuja y Rodríguez, 2019). Además, desde las fuerzas “progresistas” (kirchnerismo, lulismo) se dictaminó que la conclusión del acuerdo había sido “precipitada”. Por ello, el ex-presidente brasileño Luiz Inácio Lula da Silva declaró recientemente que “tras 2022, tras los procesos electorales en varios países, hay que reunirse de nuevo alrededor de una mesa sin prejuicios, con la idea de hacer un acuerdo que pueda ser bueno”.

De esta forma, lo que parecía el camino hacia una reelección segura de Macri en 2019 se transformó en un terreno fangoso



e incierto. El país terminó en 2018 con una inflación superior al 40%, el valor del dólar pasó de 10 a más de 50 pesos entre 2015 y 2019 y, en un contexto recesivo, la tasa de pobreza trepó a más de 35%. Y a todo eso se sumó un cuestionado megapréstamo del FMI por 50.000 millones de dólares, habilitado por Christine Lagarde como un recate al propio macrismo.

La promesa de un “país normal” se derribó en un escenario de crisis y caída de la imagen presidencial. Entretanto, Cristina Kirchner se fortalecía políticamente, paradójicamente en mayor medida gracias a sus prolongados silencios que a sus intervenciones públicas. A tal punto que transformó esos silencios en estrategia política. Pese a haber abandonado el gobierno con un apoyo popular significativo, las causas judiciales contra ella y su entorno, sustentadas en diversas acusaciones de corrupción, la dejaron en una posición muy débil que se agravó con su derrota en las elecciones parlamentarias de 2017 en su bastión de la provincia de Buenos Aires. Varios de sus ministros terminaron encarcelados y sus segundas líneas casi desaparecieron del juego político. Mantenía, no obstante, una adhesión popular que no bajaba de 30%, algunos alcaldes fieles en la provincia de Buenos Aires y una bancada parlamentaria. Con ese capital, y desde la adversidad, se dedicó a rearmar su espacio político desde las oficinas del Instituto Patria, en el marco de un peronismo dividido y una situación muy adversa hacia su figura.

Cuando se acercaban las elecciones, dio un paso inesperado, cuyo objetivo era principalmente volver a unir al peronismo. Eligió al exjefe de gabinete de Kirchner,

Alberto Fernández, como candidato y se reservó para ella la vicepresidencia. Fernández era considerado hasta poco antes una suerte de traidor en las filas kirchneristas, ya que se había alejado de la expresidenta y no había ahorrado epítetos contra su gestión. Incluso desde el kirchnerismo lo acusaron públicamente de ser lobista de Repsol y operador del grupo Clarín. Pero en los últimos tiempos, la exmandataria lo había “amnistiado” y comenzaron un proceso de acercamiento personal y político. La jugada funcionó. Posiblemente en mayor medida gracias al fracaso macrista que a la pericia estratégica de Cristina Kirchner, aunque su salida del centro del tablero era sin duda hábil: lograba reducir la animadversión hacia ella y presentar una candidatura moderada capaz de atraer votos descontentos con la gestión de Macri e, insistimos, unificar el peronismo (sumó por ejemplo al díscolo Sergio Massa, actual presidente de la Cámara de Diputados). Al mismo tiempo, la “jefa” optaba por Kicillof como candidato a gobernador de la provincia de Buenos Aires, pese al perfil de clase media, aniñado y porteño del exministro de Economía. Como apuntó el analista de opinión pública Rosendo Fraga: “esta no era la Cristina que quería el gobierno”, que prefería una expresidenta más “chavista” para poder alentar el sempiterno fantasma de la venezuelización si el kirchnerismo regresaba al poder.

El 27 de octubre de 2019, el Frente de Todos, nueva denominación del espacio peronista ampliado, logró dos victorias contundentes: Kicillof derrotó con más del 50% de los votos a la gobernadora María Eugenia Vidal, figura destacada de Pro, y Alberto Fernández fue elegido pre-

sidente, sin necesidad de balotaje, con más de 48%. No obstante, Macri achicó la diferencia respecto de su debacle en las primarias y se garantizó la supervivencia política.

País anormal: nos caemos, nos levantamos

Si el macrismo asumió denunciando la “pesada herencia” que le había dejado el kirchnerismo, Alberto Fernández comenzó su gobierno recordando la que le había dejado Mauricio Macri, y sus técnicos se desvelaban con los vencimientos de la deuda externa. Más que una retórica sobre el país normal, Alberto Fernández apeló a la épica de un país que se cae y se levanta, una y otra vez. La pandemia cancelaría, además, cualquier veleidad de normalidad durante su mandato. Con un buen manejo comunicacional en sus comienzos, el gobierno sufriría luego una serie de traspies políticos (“vacunación vip”, cierre casi indefinido de las escuelas, cumpleaños de la primera dama, en la residencia oficial, en medio de la cuarentena) sumados a cifras macroeconómicas agravadas por la COVID-19.

En estos dos años, la oposición de centro-derecha se dividió entre un ala más moderada representada por el jefe de gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Horacio Rodríguez Larreta (las “palomas”), y una más radicalizada encarnada por la exministra de seguridad y presidenta de Pro Patricia Bullrich (los “halcones”), con Macri más cerca de estos últimos. De hecho, el ala dura salió varias veces a las calles contra las medidas anti-COVID del gobierno con las banderas de la Libertad y la República.

Fue en este marco que el gobierno sufrió la fuerte derrota en las últimas legislativas, aunque como señalamos, por un margen menor al que esperaban tras el derrumbe de las primarias. De allí que festejaran la derrota como una victoria. Tras los resultados de las primarias, Cristina Kirchner le envió una durísima carta pública al presidente en la que se quejaba de la subejecución presupuestaria y la falta de gestión y, a través de esa “carta bomba” pública, logró imponer cambios en el gabinete de ministros y dar un testimonio a su propio electorado, el cual desearía un gobierno más “nacional-popular”. Además, en la misiva la vicepresidenta le recordaba a Alberto Fernández, de manera bastante explícita, que él está en su puesto gracias a ella.

Hoy, el tema candente en el gobierno es (otra vez) la firma de un acuerdo con el FMI para renegociar la deuda heredada, cuya negociación está a cargo del ministro de Economía Martín Guzmán. Un ala minoritaria pero ruidosa del kirchnerismo se viene distanciando de cualquier salida pactada con el Fondo. Hebe de Bonafini, referente de Madres de Plaza de Mayo, que a sus 93 años suele expresar lo que piensa el sector más duro, lanzó contra el presidente el 17 de octubre de 2021, Día de la Lealtad peronista: “Usted siempre se junta con los ricos y nos quiere hacer pagar un robo [la deuda de Macri]”. También en el acto fundacional de Soberanxs, la agrupación creada por el exministro de Economía Amado Boudou (preso durante el macrismo), se trató de marcar la cancha al gobierno: “sin independencia económica es imposible la justicia social”, dijo Boudou en referencia al acuerdo con el Fondo. La propia Cristina Kirchner, luego



de un periodo de silencio, volvió a aparecer, en otra carta menos virulenta, como la garante de las promesas de campaña —sobre todo las redistributivas— dejando el acuerdo con el Fondo en manos del presidente. “La lapicera no la tiene Cristina: siempre la tuvo, la tiene y la tendrá el Presidente”, escribió para dejar en claro que ella no decide las medidas de gobierno, aunque muchos ministros y funcionarios respondan directamente a ella. En síntesis: no obstaculizará el acuerdo con el FMI pero no se responsabilizará por él ni por el ajuste que conlleve. Y unos días después, en un acto por el día de la democracia junto al presidente, fustigó las políticas del Fondo en los últimos años, en otro mensaje hacia Alberto Fernández, en el sentido de no negociar a costa del crecimiento futuro de la economía argentina.

Hoy, el 2001 aparece nuevamente como amenaza en un país donde el dólar parece cada día a punto de descarrilarse, la inflación bordea el 50% y la pobreza se ubica arriba del 40%. Los fantasmas de 1989 y de 2001 —dos experiencias vividas subjetiva y políticamente de manera muy diferente— siguen ahí. Y cada quien puede invocarlos para sus objetivos ideológicos. A su vez, el gobierno busca capitalizar su proyección de crecimiento de 10% para 2021 —que empardaría con la caída de 2020— y un 4% en 2022 (aunque los pronósticos privados y del FMI son menores).

Si en estos años hubo cambios por arriba, también los hubo por abajo. Ahí encontramos otro hilo rojo con el 2001. Una creciente institucionalización del mundo de las organizaciones sociales que han

estabilizado diferentes vínculos con el Estado y son capaces de actuar en diferentes terrenos. “El sector de la economía popular que sobrevivió al kirchnerismo y al macrismo parece haber llegado para quedarse. Su penetración territorial, creatividad sindical y capacidad de movilización lo han transformado en un actor insoslayable, lo que le granjeó el acceso al Estado”, escribió recientemente el investigador Francisco Longa (2021). En el contexto del “retorno del neoliberalismo”, percibido como amenaza durante la gestión de Macri, varias de las organizaciones anteriormente enfrentadas buscaron converger en espacios comunes. Dicha unidad —prosigue Longa— tuvo dos derivas: una sindical y otra político-electoral. La primera fue la creación de la Unión de Trabajadores/as de la Economía Popular (UTEP). Y la segunda fue la integración de la UTEP en el Frente de Todos. Esta integración se tradujo en cargos en el gobierno.

En la UTEP conviven el Movimiento Evita, Barrios de Pie, Patria Grande, el Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE) y la Corriente Clasista y Combativa (CCC, de origen maoísta). Constituyen un sostén del gobierno junto con los sindicatos tradicionales, manejados por burocracias sindicales de los denominados “Gordos”. Nacida en 2019 con el aval de la Casa Rosada, la UTEP es una suerte de “central sindical” de los autoempleados y cooperativas de la economía informal, lo que en Argentina se denomina “economía popular” y no es representada por los sindicatos clásicos. En la UTEP destacan dos liderazgos: el de Juan Grabois (Patria Grande) —amigo personal del papa Francisco y crítico por la iz-



quierda del gobierno— y Emilio Pérsico (Evita), y en esa entidad matriz política-social conviven cristinistas y albertistas.

Aunque puede sonar paradójico, ya que el gobierno de Fernández es percibido a menudo como más centrista, e incluso casi neoliberal, por el kirchnerismo duro, hay más organizaciones sociales participando de este gobierno que en los tres kirchneristas anteriores. Como apunta Longa, comparado con los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner “las organizaciones sociales incorporadas al Estado son más heterogéneas ideológicamente y han penetrado en más espacios del organigrama estatal”. Prosigue: “la injerencia de sus cuadros ha llegado a lugares tan variados como el Mercado Central de Alimentos, el Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad, la Jefatura de Gabinete, el Ministerio de Desarrollo Territorial y Hábitat y el Ministerio de Agricultura. En el Congreso también hay un grupo de siete diputados/as que reconoce su procedencia en los movimientos” (Longa, 2021). Si Cristina Kirchner se jactaba de que a su izquierda estaba “la pared”, Alberto Fernandez podría decir, con más precisión, que a la izquierda del Frente de Todos solo está el trotskismo, agrupado electoralmente en el Frente de Izquierda y de Trabajadores (FIT). El resto, con alguna excepción, está dentro del espacio panperonista, inclusive organizaciones como la mencionada CCC que durante el kirchnerismo fue férreamente opositora. Sin duda, esta configuración es parte de las razones de la “paz social” que existe en el país pese a la crisis y a la pandemia. Algunos creen, no obstante, que la política de las calles puede volver. Hay una sensación de que es la derecha la

que se fue apoderando de ellas durante la pandemia, casi una humillación para los “movimientos populares” y, por otro lado, movilizarse puede ser una forma de apoyar y a la vez presionar al gobierno.

Hay otra conexión posible entre el momento actual y 2001: Alejandro Galliano sostiene que al final de cuentas, los argentinos albergan “el oscuro deseo de un estallido que solucione los problemas económicos en un parpadeo”, una especie de “catastrofismo optimista”. “Habrá algunos muertos, habrá más pobreza, pero la economía rebota y la política se endereza. Siempre será racional apostar al caos, siempre será buen negocio esperar que las crisis maduren”. No sabemos cuántos son sede de ese oscuro deseo pero es cierto que el fantasma del estallido es alentado a menudo por la oposición y algunos medios de comunicación, y va más allá de la citada canción de Bersuit Vergarabat que comentamos al comienzo de este artículo. Esa pulsión por el estallido se combina a su vez con la fantasía de la desaparición del adversario. Tras la derrota oficialista de noviembre, los editoriales y análisis sobre el “fin del kirchnerismo” volvieron a la orden del día, así como del lado progresista muchos de entusiasmaron con una temprana jubilación de Macri y el fin de la aventura de centroderecha en 2019. Esto es curioso porque, a diferencia de otros países de la región, en Argentina no se ve una fragmentación del voto, más bien ambas coaliciones —la panperonista y la de centroderecha— obtuvieron más del 80% del total. Si en la región se observa, en palabras de Andrés Malamud, una combina-

ción variable de desafección, polarización y fragmentación, en Argentina claramente hay polarización, algo de desafección (en los últimos comicios bajó la participación pero se mantuvo en un 71,7% en un contexto de voto obligatorio) y claramente no hubo fragmentación.

De todos modos, detrás de las cifras de participación pueden percibirse profundos niveles de malestar social. No fue casual que el discurso “anticasta” de los libertarios de derecha tuviera tanto eco en la última campaña. Milei obtuvo 17% de los votos en la Ciudad de Buenos Aires con un discurso “paleoliberal” y no oculta su simpatía por Trump, Bolsonaro y Vox. En sus mítines, sus seguidores coreaban “la casta tiene miedo” y su votación fue bastante homogénea en todos los barrios de la ciudad, con un fuerte peso de los jóvenes entre sus seguidores (Stefanoni, 2021).

Si la historia no se repite, pero rima, hoy encontramos tópicos del 2001 en un contexto en el que tanto el gobierno como la oposición se encuentran en franca e incierta transformación, tratando de encontrar un rumbo y buscando surfear la crisis múltiple que vive Argentina.

Escribe Galliano: “Los veinte años de ‘diciembre de 2001’ nos alcanzan en plena crisis, un poco con la sensación de que aquello se repite, otro poco con la sensación de que nunca terminó del todo. Un historiador diría que nada se repite, que todo termina, que cada evento se entiende en su particularidad. Todo es cierto: el 2001 es Historia, el 2001 se repite y el 2001 nunca terminó” (2021).

Conclusiones

- Las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001 fueron un momento de condensación de un ciclo de movilizaciones que articularon de manera fugaz a sectores medios afectados por el “corralito” bancario con los desposeídos que desde los años noventa se venían organizando en movimientos de desocupados y que apelaron al corte de rutas como principal repertorio de acción colectiva (*piqueteros*).
- Tras el 2001 surgieron dos grandes bloques —uno de centroizquierda y de matriz populista, representado por el kirchnerismo, que gobernó 12 años— y algo más tarde otro de centroderecha, liderado por Mauricio Macri, que solo se mantuvo en el poder nacional por cuatro años. Ambos ofrecieron, sin lograrlo, la construcción de un “país normal”.
- En estas dos décadas, las calles se transformaron en espacios de intensa movilización política y social. Desde 2008, el peronismo vio como la centroderecha le disputa de igual a igual calles y plazas. Los movimientos sociales, a su vez, se fueron institucionalizando y muchos de ellos tienen representación en el Estado.
- Si bien en 2015 la centroderecha logró desplazar al peronismo del poder, no consiguió llevar adelante su programa, en parte por temor a una reacción social. Se enfrentó, al mismo tiempo, a un escenario global marcado por el triunfo de Donald Trump, que limitaba la “vuelta al mundo” que propiciaba su visión liberal y proglobalización.
- A 20 años de 2001, el país vive nuevamente una severa crisis económica y social, en el marco de una intensa polarización política. El peronismo, derrotado en las legislativas de noviembre pasado, busca un rumbo —en medio de la tensión entre “albertistas” y “cristinistas”— y en la centroderecha “halcones” y “palomas” buscan definir el perfil ideológico de cara a las presidenciales de 2023.

Referencias bibliográficas

- BADIA, I. (1999): “501 kilómetros para no votar”, *El País*, 24 de octubre.
- COMINI, N. y SANAHUJA, J.A. (2018): “Las nuevas derechas latinoamericanas frente a una globalización en crisis”, *Nueva Sociedad*, n° 275, mayo-junio.
- CURIA, W. (2012): *El último peronista: ¿Quién fue realmente Néstor Kirchner?*, Buenos Aires, Sudamericana.
- FORSTER, R. (2010): “El pueblo del Bicentenario”, *Página/12*, 30 de mayo.
- GALLIANO, A. (2021): “El tiempo deslocado”, *elDiarioAR*, 11 de diciembre.
- KULFAS, M. (2019 [2016]). *Los tres kirchnerismos. Una historia de la economía argentina 2003-2015*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- LA POLÍTICA ONLINE (2016): “Macri apoya a Hillary”, 10 de agosto
- LONGA, F. (2021): “Un gobierno con las organizaciones sociales”, *Le Monde Diplomatique*, ed. Cono Sur, abril.
- LÓPEZ ECHAGÜE, H. (2002): *La política está en otra parte. Viaje al interior de los nuevos movimientos sociales*, Buenos Aires, Norma.
- MINUTELLA, E. (2021): “El año que votamos a Clemente”, *Panamá*, 1 de agosto.
- NATANSON, J. (2018): “Mauricio Macri en su ratonera. El fin de la utopía gradualista”, *Nueva Sociedad*, n° 276, julio-agosto.
- RODRÍGUEZ, M. (2014): *Orden y progreso. Los años kirchneristas*, Buenos Aires, Emecé.
- (2021): “Última visita al 2001, ese museo de grandes novedades”, *elDiarioAR*, 5 de diciembre.
- SÁENZ, D. (2001): *Yo te odio, político. El libro para todos los ciudadanos que no viven de la política*, Buenos Aires, Planeta.
- SANAHUJA, J.A. y RODRÍGUEZ, J.D. (2019): “Veinte años de negociaciones Unión Europea-Mercosur: Del interregionalismo a la crisis de la globalización”, *Documento de Trabajo 13/2019* (segunda época), Madrid, Fundación Carolina.
- SARLO, B. (2011): *La audacia y el cálculo. Néstor Kirchner 2003-2010*, Buenos Aires, Sudamericana.
- STEFANONI, P. (2021): “El boom Milei: cómo una tribu urbana llega al Congreso de la Nación”, *elDiarioAR*, 13 de septiembre.
- SVAMPA, M. (2011): “Argentina, una década después. Del ‘que se vayan todos’ a la exacerbación de lo

nacional-popular”, *Nueva Sociedad*, No 235, septiembre-octubre.

SVAMPA, M. y PEREYRA, S. (2003): *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires, Biblos.

TOUZÓN, P. (2021): “Ganar y perder en el nuevo peronismo”, *El País*, 15 de noviembre.

VOMMARO, G. (2015): “‘Unir a los argentinos’ El proyecto de ‘país normal’ de la nueva centroderecha en Argentina”, *Nueva Sociedad*, n° 261, enero-febrero.

Fundación Carolina, diciembre 2021

Fundación Carolina
Plaza del Marqués de Salamanca nº 8
4ª planta, 28006 Madrid - España
www.fundacioncarolina.es
@Red_Carolina

https://doi.org/10.33960/AC_35.2021

La Fundación Carolina no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los textos firmados por los autores y autoras que publica.



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)